Suplemento Mensual Número **200** Diciembre **2013**





LOS OLVIDADOS DE SIEMPRE. HABLAN RARÁMURI Y ODAMI DE CHIHUAHUA

EL GRAN TEATRO DE LA IMPUNIDAD EN CHIAPAS. NUEVAS EVIDENCIAS DEL GENOCIDIO Y LA GUERRA ENCUBIERTA

Pedro Faro

ZAPATISTAS: ¿20 AÑOS SON NADA?

LOS RARÁMURI: ¿SUPERHÉROES?

EL PROGRAMA OPORTUNIDADES Y EL AJUSTE ESTRUCTURAL
Rocío del Pilar Moreno

EL RECUERDO POEMA DE Guadalupe B. P.

LOS QUE LLEGAMOS A ESTADOS UNIDOS, NACIÓN DE MIGRANTES

Lamberto Roque Hernández

Pareja rarámuri en un batari o reunión, en Norogachi, Chihuahua, abril de 2006. Foto: José Carlo González/ LA JORNADA

ZAPATISTAS: ¿QUÉ SON 20 AÑOS?

LA DRAMÁTICA IRRUPCIÓN de los pueblos mayas de hace 20 años hizo al país contener el aliento, deslumbró a los pueblos indígenas, y al poder le echó a perder la cena de año nuevo de 1994, y muchas más. Entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que iba a sacarnos del Tercer Mundo y nos metería en las Grandes Ligas. Quién hubiera previsto entonces que no sería esa guerra intempestiva, sino otras más cruentas e idiotas las que desgarrarían al país, sometiéndolo a intenso luto, exasperación social y miedo. Las guerras del poder.

El zapatismo no enseñó a leer el futuro como promesa, sino como construcción en progreso. Los pueblos de las montañas de Chiapas cumplen su parte. Dos décadas después viven y están bien, gobiernan sus vidas, defienden a México en los hechos, en sus vidas diarias de resistencia y producción colectiva, aprendizajes de cómo se gobierna y realizaciones tangibles. Pocos pueden hoy decir lo mismo. Y muchos otros cruzarían la frontera de una vez por todas, o casi.

El primero de enero de 1994, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) pareció salir a inmolarse en nombre de un sueño que sus combatientes no verían. Entre giros inesperados del destino, audaces jugadas de ajedrez contra la guerra encubierta sin reposo desatada por el gobierno, y muchos días, muchas noches, los indígenas rebeldes evolucionaron a la construcción de otra existencia posible que contradecía el mensaje tenaz de los poderes: "sólo es posible el mundo como está, y se joden".

Hace 20 años era imposible prever que el país se precipitaría en corrupciones inenarrables, violencias extremas e inútiles, avaricia, polarización, engaño y represión. Que los sucesivos gobiernos, a pesar de llamados de atención como el del EZLN o los estallidos y movilizaciones populares que lo han sucedido, acabarían por vender nuestro territorio y lo que él contiene, su subsuelo, sus leyes, su soberanía. ¿A quiénes? A juntas directivas en lejanos países y accionistas jubilados que de México les importan sólo los dividendos en sus inversiones. Y por lo visto nuestros recursos y las mentiras del poder siguen a la alza en los mercados. Plata sangrienta, oro negro molido, maíces zombis, mano de obra barata y legalmente indefensa al modo porfirista.

El zapatismo ha sido un antídoto al desastre nacional. Bien haría el país en escucharlo otra vez. El EZLN, con su esfuerzo combatiente, la construcción pacífica de un pensamiento y una acción pública alternativa, les cumplió a sus pueblos. El millar y pico de comunidades tsotsiles, tseltales, ch'oles y tojolabales y algunos zoques y mames, que desde mediados de los años ochenta del siglo XX, y las que se fundaron a partir del 94 en las tierras recuperadas, le fueron apostando a esa rebeldía liberadora para vivir mejor, literalmente, en ejercicio de la libertad y la dignidad. Caracoles, juntas de buen gobierno, pueblos sonrientes, tierras que producen, escuelas y clínicas autónomas de paso modesto pero incesante.

En una feliz paradoja, el vigésimo aniversario del levantamiento y la declaración de guerra contra el olvido no es una conmemoración de muerte sino lección de vida. Colectiva, firme, generosa. Lástima que ni la clase política ni las cabezas parlantes le presten atención. Si hubieran escuchado otro gallo cantaría en esta Nación arrodillada al gran capital, y quién dijo Independencia, Revolución, etcétera.

Lo bueno es que la semilla no se acaba. A las puertas de 2014, los pueblos zapatistas representan un granero de alternativa para México. Nada más. Nada menos.



Danzante rarámuri. Foto: José Carlo González

LOS RARÁMURI ¿SUPERHÉROES?

QUISO LA CASUALIDAD que a principios de 2012 el pueblo rarámuri, expuesto a calamidades y sequía, fuera convertido por los medios masivos y el Estado con vagas ganas de ser "de bienestar", en quintaescencia del miserable, el marginado, el podiosero al que dedicaremos el próximo Teletón y todas las limosnas deducibles de impuestos. (¡Habitan en cuevas!) Y al mismo tiempo, no lejos, apenas "a un salto" de la frontera, ese mismo pueblo protagonizaba un trepidante best seller llamado *Born to Run (Nacidos para correr),* del periodista de temas masculinos (deportivos, de guerra, de viajes) Cristopher McDougall. ¿Subtítulo?: *Una tribu escondida de superatletas y la más grande carrera que el mundo ha visto* (Vintage Books, 2009, edición masiva en 2011). Mientras el gobierno mexicano y las corporaciones promovían la lástima por ellos, el cronista de *Men's Health* y *Runner's World* los saludaba como "tal vez el pueblo más saludable y sereno sobre la Tierra, y con los más grandes corredores del mundo".

McDougall no ahorraba tinta para enaltecer a estos suprehombres que ríete de Nietzche, sin olvidar que también son indios, o sea salvajes. "Como si no les bastara constituir el pueblo más feliz y acogedor del planeta, los 'tarahumara' eran también los más duros: la única cosa que parecía rivalizar con su serenidad sobrehumana era su sobrehumana tolerancia al dolor y a la lechuguilla, un horrible tequila casero destilado con cadáver de víbora y baba de cacto" (sic). Enseguida cita a una revista ilustre de cardiología: "Probablemente desde el tiempo de los espartanos, ningún pueblo ha alcanzado tal nivel de condición física". Aunque "el manjar predilecto" de estos titanes sea "la barbacoa de ratón", resultan "bodistavas que no usan sus superfuerza para patear traseros sino para vivir en paz". La aventura del autor se extiende casi 300 páginas en búsqueda del "máximo corredor", un tal Caballo Blanco, en la Barranca del Cobre o por ahí.

¿Se trata de los mismos indígenas a los que les vienen arrebatando su suelo, su aire, sus barrancas, desde hace años, con saña o con maña, y que no dejan de buscar maneras de resistir y defenderse? ¿O son los desnutridos e inanes inditos de los noticieros y los discursos de conmiseración?

No es nueva la tentación de idealizarlos a escala cósmica. No menos delirante que McDougall, pero genial en lo suyo, el escritor francés Antonin Artaud los visitó célebremente en 1936. Traía la inteligencia en llamas y los sentidos liberados, y publicó tres artículos al respecto en el periódico *El Nacional*, editados y presumiblemente traducidos por Luis Cardoza y Aragón. Hoy son parte del canon literario. Los indígenas de Chihuahua no sólo le parecieron "los más grandes filósofos de la Naturaleza", sino encontró que "en el interior de la raza tarahumara, el Macho y la Hembra existen simultáneamente y disfrutan los beneficios de sus fuerzas aunadas; llevan su filosofía en la cabeza y esa filosofía reúne la acción de las dos fuerzas contrarias en un esfuerzo casi divinizado".

Semidioses, superhéroes, sabios, atletas, dichosos, formidables. Prehistóricos, eternos, atemporales. Muertos de hambre, damnificados, analfabetas, primitivos, carne de cañón para las cruzadas contra el hambre y los programas de migajas y gangas. Carne de cañón para el narco. Uf. Para Artaud, comunistas naturales que "viven como si ya hubiesen muerto". Admite que "la existencia de los indios no corresponde al gusto del mundo de ahora"; sin embargo, "en presencia de una raza como aquella, comparando podemos sacar la conclusión de que es la vida moderna la que está atrasada con respecto a algo y no los indios tarahumara con respecto al mundo actual".

Más allá de los rarámuri de carne y hueso, de la hipocresía institucional y el contexto histórico en un México racista y desigual, pocas "razas" han dado tanta hilacha para que los visitantes le hagan al cuento y la exalten por encima de las nubes, espectaculares como son en la sierra Tarahumara, irreales, pasajeras.

La Jornada
Directora General: Carmen Lira Saade
Publicidad: Marco Hinojosa
Arte y Diseño: Francisco García Noriega

Ojarasca en La Jornada
Dirección: Hermann Bellinghausen
Coordinación editorial: Ramón Vera Herrera
Edición: Gloria Muñoz Ramírez
Redacción: Adazahira Chávez
Caligrafía: Carolina de la Peña
Diseño original: Francisco García Noriega
Retoque fotográfico: Alejandro Pavón Hernández
Asesoría técnica: Francisco del Toro
Versión en internet: Dimas Herrera

Ojarasca

Ojarasca en La Jornada, es una publicación mensual editada por DEMOS, Desarrollo de Medios, SA de CV. Av. Cuauhtémoc 1236, Col. Santa Cruz Atoyac, delegación Benito Juárez, CP. 03310, México DF. Teléfono: 9183 0300 y 9183 0400. El contenido de los textos firmados es responsabilidad de los autores, y los que no, de los editores. Se autoriza la reproducción parcial o total de los materiales incluidos en *Ojarasca*, siempre y cuando se cite la fuente y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título: 6372, del 12 de agosto de 1992. Certificado de licitud de contenido: 5052. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 515-93. Registro provisional de Sepomex: 056-93. No se responde por materiales no solicitados.
Impreso en: Imprenta de Medios, SA de CV. Av. Cuitláhuac 3353, Col. Ampliación Cosmopolita, México, DF.

suplementojarasca@gmail.com

EL GRAN TEATRO DE LA **IMPUNIDAD** EN CHIAPAS

NUEVAS EVIDENCIAS DEL GENOCIDIO Y LA GUERRA ENCUBIERTA

Pedro Faro

La documentación realizada por el Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas (Frayba) durante el periodo 1991-2000, deja patente que los gobiernos federal y estatal, implementaron la estrategia contrainsurgente en Chiapas, inminentemente militar. Ésta se modifica de acuerdo a la coyuntura, constituyéndose en una guerra integral de desgaste, fortalecida en los programas sociales para cooptar y desalentar los procesos de reivindicaciones sociales y eliminar a los grupos, comunidades y pueblos, en su mayoría indígenas, que obstaculizan la implementación del proyecto económico neoliberal.



Desplazados del ejido Puebla, San Pedro Chenalhó, Chiapas, 2013. Foto: Emily Pederson

EN 1995, A UN AÑO de iniciado el levantamiento indígena de 1994, el presidente Ernesto Zedillo inaugura una nueva etapa en el conflicto armado. Mientras se establecían las bases para la negociación entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y el gobierno federal, aprobándose la Ley para el Diálogo, la Conciliación y la Paz Digna en Chiapas, el Ejército mexicano iniciaba una ofensiva contrainsurgente avalada por el presidente de la República.

Esta estrategia consistió en socavar el apoyo de la población civil al EZLN con el fin de debilitarlo para finalmente capturar a su comandancia. Dicha estrategia contaba con dos componentes: ocupar militarmente la zona de conflicto, rompiendo la zona gris que había sido establecida con el arbitrio de la Cruz Roja Internacional en las Cañadas de Ocosingo, y atacar a la población civil proclive al zapatismo, con acciones policiacas y paramilitares bajo el mando del Ejército mexicano y la Fuerza de Tarea Arcoiris, comandada por el general Mario Renán Castillo. Este plan fue develado en el documento "Plan de Campaña Chiapas 94" y se corrobora con una minuciosa comparación de lo ocurrido en la denominada zona de conflicto.

En dicho plan, la zona Altos (tsotsil) y la región Selva Norte (tseltal y ch'ol) fueron definidas en el teatro de operaciones del Ejército mexicano como la zona de expansión. La campaña militar privilegió la acción paramilitar con el fin de evitar la influencia expansiva del EZLN, cometiendo ataques sistemáticos contra la población civil, considerada por el Ejército federal como la "secretaría de masas de la guerrilla" y calculada en 200 mil personas.

Los grupos paramilitares, constituidos en su mayoría por campesinos indígenas que pertenecían al Partido Revolucionario Institucional (PRI), cometieron ejecuciones extrajudiciales, desapariciones forzadas, amenazas, robos, quemas de casas y desplazamientos forzados. Se reunían previamente para planear los actos a ejecutar, seleccionando a sus víctimas (a las que, como hemos dicho, se les vinculaba de algún modo con el EZLN); contaban con el apoyo de autoridades, municipales, estatales y federales, utilizaban armas de fuego de uso exclusivo del Ejército y uniformes del tipo de la Policía de Seguridad Pública; actuaban en conjunto y en complicidad con los grupos de dicha corporación policíaca; el Ejército mantenía un vínculo con ellos, ya que fueron entrenados por militares, y gozaban de impunidad, cobijados por el Estado.

Esta guerra irregular se incubó primero en la zona Norte de Chiapas, particularmente en los municipios de Yajalón, Tumbalá, Tila, Sabanilla y Salto de Agua, y se reprodujo más tarde en los Altos. En la zona Norte surge el grupo Desarrollo, Paz y Justicia, que actuó fuertemente entre 1995 y 1999 contra comunidades que se negaban a participar con ellos y opositoras al PRI y al gobierno, particularmente aquellas pertenecientes al Partido de la Revolución Democrática (PRD), a las cuales se vinculaba con los insurrectos. En esta región, Paz y Justicia desplazó a más de 3 mil 500 personas y cometió al menos 85 ejecuciones y 37 desapariciones forzadas.

El patrón de actuación de Paz y Justicia se reprodujo en los grupos paramilitares del PRI creados en los Altos, particularmente en el municipio de Chenalhó entre 1996 y 1997, así como en el municipio El Bosque, donde un grupo se estableció en la comunidad Los Plátanos. En dicha región se generalizaron ejecuciones extrajudiciales, se dió el desplazamiento forzado de 6 mil 332 personas y ocurrió la masacre de Acteal en diciembre de 1997.

La estrategia de contrainsurgencia en Chiapas se profundiza en la acción militar y paramilitar, que tiene el objeto de aniquilar la disidencia social expresada en la simpatía de organizaciones o personas hacia el EZLN. El despliegue militar fue y es la expresión de la fuerza del Estado, y el campo de batalla, el territorio de los pueblos indígenas desde 1994, arguyendo que la presencia militar es para la seguridad de la población en la región de los Altos y Norte. Su objetivo es confrontar y desacreditar la presencia del EZLN.

Después de 19 años del levantamiento en las montañas de Chiapas, todo parece cumplirse cabalmente, conforme a lo establecido en los manuales para el combate a la insurgencia, tal como lo han denunciado los pueblos y comunidades de la llamada zona gris. Los manuales de contrainsurgencia desarrollados por la Sedena, "Plan de Campaña Chiapas 94" y "Chiapas 2000", se siguen aplicando en la zona de conflicto, donde se plantea continuar en la lógica de contrainsurgencia. En ese documento se establece "organizar secretamente a ciertos sectores de la población civil, entre otros, a ganaderos, pequeños propietarios e individuos caracterizados con un alto sentido patriótico, quienes serán empleados a órdenes en apoyo de nuestras operaciones".

Las operaciones planificadas en los manuales continúan siendo la estrategia del gobierno para controlar e inhibir a los movimientos de resistencia. Se implementan programas sociales para la división comunitaria, inmovilizando a los pueblos mediante la ocupación militar y las acciones gubernamentales en complicidad con organizaciones sociales de la región, de corte paramilitar; grupos

Pasa a la página 4

Viene de la página 3

ligados al gobierno en turno para hacer el trabajo de confrontación comunitaria, con la finalidad de golpear a las comunidades en resistencia y a los pueblos que luchan y ejercen su autonomía.

En estudios recientes se han publicado archivos desclasificados que corroboran lo sostenido por los testimonios de víctimas y sobrevivientes, así como organismos de derechos humanos que hemos denunciado las acciones de contrainsurgencia, en relación a la creación de grupos paramilitares en Chiapas. El 20 de agosto de 2009, Kate Doyle, directora del Proyecto México en el Archivo de Seguridad Nacional, organización no gubernamental con sede en la Universidad George Washington, dio a conocer documentos desclasificados de la Agencia de Inteligencia de la Defensa (DIA, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos, en los que se describe el papel del Ejército mexicano en el apoyo a los grupos paramilitares en Chiapas. Los cables secretos confirman los reportes sobre el apoyo militar a los grupos indígenas armados que llevaron a cabo ataques contra comunidades simpatizantes del EZLN de las zonas de conflicto.

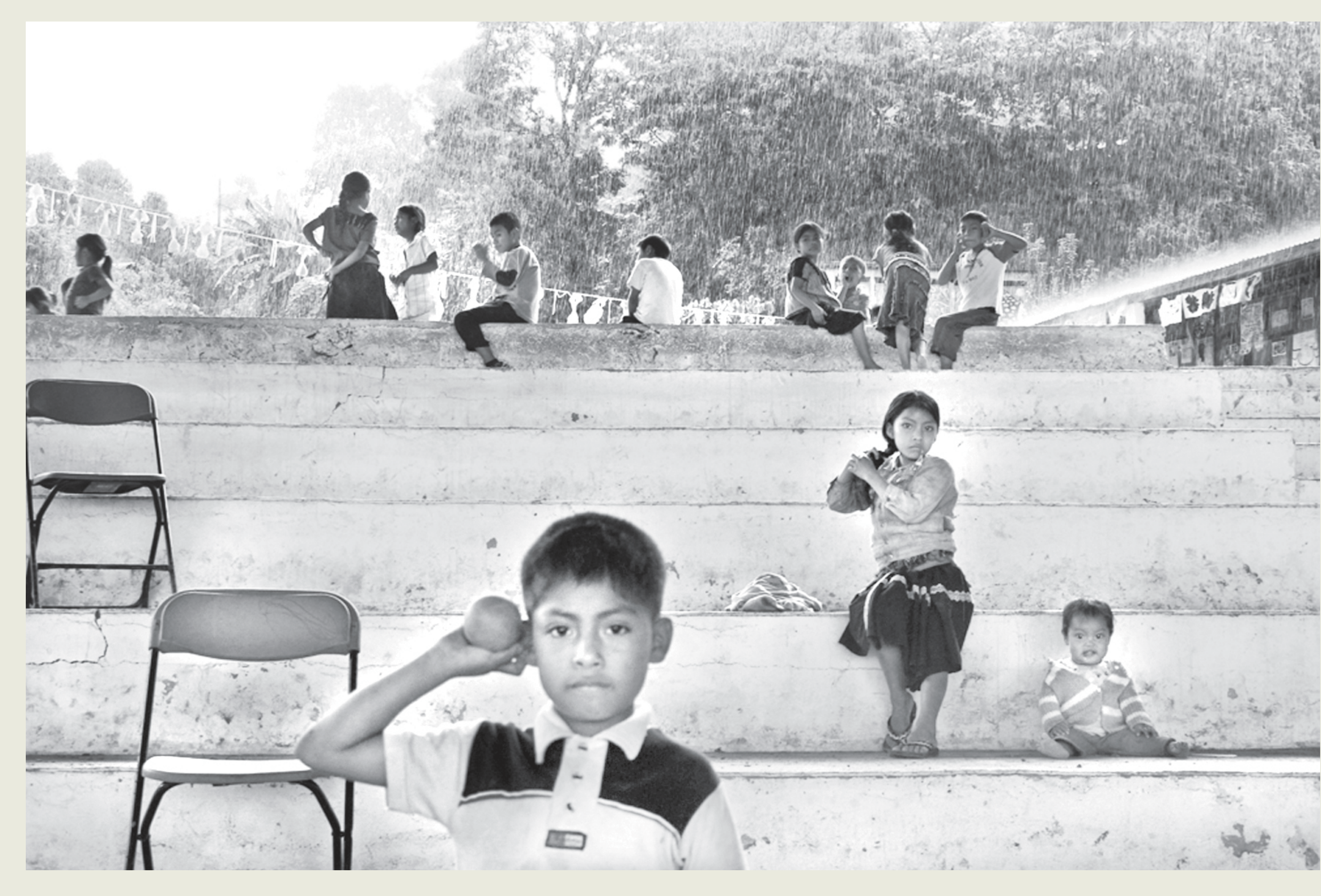
Los documentos desclasificados, que fueron obtenidos a través de la Ley de Libertad de Información de Estados Unidos, indican que en un telegrama enviado a la sede de la DIA en Washington el 4 de mayo de 1999, la Oficina del Agregado de Defensa de EUA en México señala el "apoyo directo del Ejército mexicano a grupos armados en las áreas montañosas de Chiapas, donde tuvieron lugar las matanzas".

El documento describe una red clandestina de "equipos humanos de inteligencia" (Humint), creados a mediados de 1994 con la aprobación del entonces presidente Carlos Salinas de Gortari, que trabajaban dentro de las comunidades indígenas para recabar información de inteligencia de los "simpatizantes" zapatistas. A fin de promover a los grupos armados anti-zapatistas, los equipos daban "entrenamiento y protección contra los arrestos por parte de las agencias del cumplimiento de la ley y unidades militares que patrullan la región".

Se señala en los documentos desclasificados que los "equipos de inteligencia humana" estaban compuestos primordialmente por oficiales jóvenes con rango de capitán segundo y primero, al igual que por algunos sargentos selectos que hablaban los "dialectos" de la región. Los equipos Humint estaban compuestos por entre tres y cuatro personas, a quienes se asignaba cubrir comunidades selectas por un periodo de tres a cuatro meses. Después, los oficiales pertenecientes a los equipos eran rotados a una comunidad diferente en Chiapas. La preocupación por la seguridad de los equipos era la razón más importante para la rotación.

La contrainsurgencia social

Otra forma efectiva de la estrategia contrainsurgente de los gobiernos federal y estatal se basa en el uso del erario público para la cooptación y generación de dependencia a los programas sociales, proyectos productivos, salud y educación, implementados intensivamente en la zona de control territorial zapatista.



Desplazados del ejido Puebla en Acteal, Chiapas, 2013. Foto: Emily Pederson

> Las operaciones planificadas en los manuales continúan siendo la estrategia del gobierno para controlar e inhibir a los movimientos de resistencia

La guerra en Chiapas ha tenido cuatro etapas. La primera, en enero de 1994: doce días de confrontación directa del EZLN contra las Fuerzas Armadas de México. La segunda etapa se da entre 1995 y 1999, y se caracteriza por la creación e implementación de grupos paramilitares en las zonas Norte, Selva y Altos, bajo la cobertura de los gobiernos federal, estatal y municipal, con acciones de los tres poderes (Ejecutivo, Legislativo y Judicial). Ello ocasiona grandes costos a la población civil, con violaciones a los derechos humanos, ya que se cometieron crímenes de lesa humanidad: desplazamiento de más de 12 mil personas, ejecuciones extrajudiciales, asesinatos, desapariciones forzadas, torturas, violaciones sexuales, agresiones físicas, hostigamientos y otros. Las Fuerzas Armadas se desplegaron en el territorio de Chiapas e instalaron el teatro de operaciones de guerra con la táctica del Yunque y el Martillo aplicada en la Selva, la zona bajo mayor control territorial del EZLN, y la táctica de la Presión de Tijera para los Altos, bajo la misma consigna de detener cualquier posible expansión de los zapatistas.

La tercera etapa se caracteriza como guerra integral de desgaste, a través del disfraz retórico de "respeto" del gobierno. Consiste en confrontar a comunidades por medio de los programas sociales del Estado. Su aplicación se convierte en estrategia contrainsurgente a través de la cooptación de dirigentes sociales y la instrumentalización de las organizaciones de las que son parte, reduciéndolos a gestores de proyectos de gobierno para las comunidades, por intereses partidarios y prebendas políticas.

En la última etapa ubicamos la Guerra de Cuarta Generación o lo que los zapatistas han llamado "la cuarta guerra mundial", una guerra psicosocial donde se emplean todos los medios del Estado para ocultar las problemáticas reales del país. Es la guerra velada en un sentido; y en otro abierta, contra el "enemigo interno". Conforma un frente común intergubernamental para presuntamente combatir a grupos delincuenciales (como el narcotráfico, permitido y fomentado por funcionarios del gobierno mexicano desde los años ochenta y que se han enraizado en las estructuras del Estado).

La estrategia es combinar todas las problemáticas aparentes y reales con las expresiones de inconformidad y resistencia social, para destruirlas y tener un pueblo sometido a los intereses de la élite de los poderes fácticos, políticos y económicos. Su fin es de crear las condiciones para la implementación de un Estado policiaco-militar. Pretende servir para contener a los excluidos y mantenerlos a raya en un contexto nacional y mundial que se propone una guerra contra la humanidad, contra la población civil, desde el centro y la periferia del sistema.

El gobierno se ha constituido en "gran defensor de los derechos humanos", utilizado como marca de calidad, como un logo que vendieran al público en general y principalmente a los Estados nacionales. Aprovecha a los organismos intergubernamentales, como la ONU y OEA, para aliarse con la finalidad de generar proyectos de "desarrollo", que en Chiapas se convierten en programas de contrainsurgencia, tal como lo ha hecho el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD) en la zona Norte, según denunció la Junta de Buen Gobierno zapatista de La Garrucha.

El discurso de los derechos humanos es actualmente una plataforma de los gobiernos federal y estatal. El de Chiapas, para pregonarse como vanguardia, recluta a antiguos defensores de derechos humanos que le sirven como operadores políticos o "apaga fuegos". Su sentido no es la búsqueda de la justicia y sus componente de verdad, reparación, no repetición y sanción, sino que su consigna es el olvido. Sigue la lógica de "administrar" los problemas al estilo de los gobiernos caciquiles que nunca se han ido.

Los conflictos sociales en las comunidades y pueblos son, en su mayoría, violaciones a los derechos fundamentales que cometen los gobiernos con el afán de implementar sus proyectos, que a su vez se enmarcan en el estímulo a las inversiones transnacionales, nacionales y locales, siguiendo intereses a los que se han comprometido para el avance de la política neoliberal. Estas políticas dejan en completa impunidad los crímenes de lesa humanidad ya cometidos, tratando de tergiversar los hechos de horror derivados de la acción represiva de su estrategia de contrainsurgencia en Chiapas.

Pedro Faro es integrante del Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas, en San Cristóbal de las Casas.



Acceso al campamento de Las Abejas en Acteal, Chiapas, 2013. Foto: Emily Pederson

EL PROGRAMA OPORTUNIDADES Y EL AJUSTE ESTRUCTURAL

Rocío del Pilar Moreno

DESDE HACE MÁS DE dos décadas, numerosas mujeres indígenas han ejercido diversos procesos auto-organizativos que acompañan proyectos autonómicos de facto. Varios colectivos productivos impulsan la cotidianidad de hornear pan, sembrar hortalizas, criar gallinas y manufacturar artesanías, en un ir haciendo que le otorga agudeza a las demandas de sus pueblos organizados en lucha. Además de ser fuente de soberanía alimentaria, estas tareas, realizadas junto a sus hijos e hijas, van generando conciencia política en quienes vienen detrás. Son actividades que son parte indispensable del quehacer político.

A partir de los noventa, coincidiendo con esta organización propia y con la apertura política de las mujeres, el gobierno mexicano y organismos multilaterales instauraron programas de ajuste estructural, de "ayudas", por medio de los cuales se convierten en los patrones del trabajo reproductivo y doméstico de las mujeres indígenas.

Ahí está el programa Oportunidades (antes Progresa). Desde su creación ha actuado de manera primordial en comunidades indígenas y campesinas. Transfiere montos monetarios bimensuales a familias pobres. Las titulares son mujeres. Como el nombre sugiere, y qué generosos, a cambio del incentivo ellas deben transformar la precariedad de sus hogares, mediante una serie de responsabilidades. Si no cumplen con los requisitos, se les retira del padrón. En su conjunto, tales acciones recolonizan y controlan la reproducción social y biológica de la población indígena, a través de las mujeres.

Si se divide el monto total del presupuesto federal destinado a Oportunidades por el número de unidades beneficiadas, se deduce que cada hogar recibe 32 pesos al día. El Programa tiene designados más de 66 mil 132 millones de pesos del gasto federal. A inicio del año, la Sedesol reportó que atendería a 5 millones 845 mil familias; sin embargo, en el primer bimestre de este año se atendieron 5 millones 586 mil hogares. Aun así, funcionarios insisten que la medida "emancipa" a las mujeres pues les permite tomar decisiones libremente de sus maridos —mas no del Estado, que cobijado tras esa palabra, se introduce en la vida privada de la población, confina la figura femenina a las cuatro paredes del hogar y vigila cada actividad que realiza, con el fin de desmovilizar al género.

Los empleados de salud visitan cada hogar para verificar que esté limpio y que las madres sigan las instrucciones de las pláticas de salud. Intermediarias del programa checan cada semana que las madres recojan la basura tirada en el suelo de las localidades y cómo invierten el ingreso en la economía familiar. Por su parte, maestros reportan si las madres enviaron a sus hijos e hijas a la escuela. Son esferas íntimas donde el Estado se entromete para hacerlas del dominio público.

Igualmente público se torna el cuerpo de las mujeres. Éste se examina y reconfigura interna y externamente. Primero, mediante exámenes clínicos de salud reproductiva. Luego. evaluando su estructura corpórea (cuántos centímetros mide su cintura y cuánto pesa). Estos últimos registros no corresponden a referentes estéticos dominantes. De ahí que en muchas localidades se obliga a las mujeres hacer ejercicio semanalmente.

En lugar de modificar las condiciones estructurales de la población, Oportunidades intenta reeducar a los pobres para que transformen su salud, alimentación y educación. Documentos oficiales señalan como impactos positivos el cambio de hábitos en la nutrición de las familias, los nuevos comportamientos de las mujeres y el incremento del nivel educativo de las familias. El programa termina culpabilizando a las mujeres indígenas y campesinas de la situación de pobreza de sus comunidades.

La forma incisiva en que el programa intenta que las mujeres hagan uso de la medicina social, pone en riesgo oficios que por lo general dominan: la partería y la medicina tradicional. Y esto ocurre en sitios donde hay mujeres indígenas que ejercen saberes milenarios, de resistencia al consumo de productos patentados por grandes farmacéuticas y que les permiten tener autonomía de su reproducción biológica. La persecución de este tipo de saberes se remonta hasta la Conquista, cuando la Iglesia perseguía a las mujeres por ser depositarias de prácticas curativas populares, acusándolas de brujas.

En ese mismo tenor recolonizador emerge ahora la Cruzada Nacional contra el Hambre: un programa de "ayuda alimentaria" que pone en riesgo a las mujeres, despoja a las comunidades de su base material, perpetúa la situación de pobreza, crea dependencia de alimentos importados y desarrolla un continuo estado de guerra. Por un lado, da el tiro de gracia a la agricultura de subsistencia al separar a la gente de los medios de producción: la tierra. Por otro lado, supone un doble beneficio a las industriales multinacionales (Pepsico y Nestlé): porque le permites deshacerse de su producción chatarra, y porque les promueve la comercialización de esos productos.

Finalmente, como se vio en Guerrero en agosto, la Cruzada contra el Hambre justifica la permanencia de campamentos militares en territorios indígenas donde se ejercen proyectos autonómicos. Una vez dentro del territorio, los soldados ejercen un colonialismo "filantrópico" y control político-militar. Al mismo tiempo que enseñan a los indígenas cómo alimentarse, desarman a miembros de la CRAC. Mientras realizan "labores sociales", las fuerzas castrenses internalizan el miedo y militarizan la vida cotidiana de la gente. La mezcla de tácticas bélicas con programas sociales no es un elemento nuevo en poblaciones indígenas. Desde hace décadas viven sus efectos, y el cuerpo de las mujeres ha sido el blanco principal.

A partir de 1994, la militarización en comunidades indígenas ha traído de la mano actos de violación y tortura sexual de soldados a mujeres, como han sido los casos en Chiapas de tres mujeres tzeltales violadas por militares en el ejido Morelia; en Guerrero, la violación de las fuerzas castrenses a las dos mujeres me' phaa Inés Fernández y Valentina Rosendo; y en Veracruz a la anciana nahua Ernestina Asencio.

Los programas de ajuste estructural, como Oportunidades y La Cruzada contra el Hambre, son una guerra de contrainsurgencia, como bien han señalado los zapatistas, una guerra fatídica para mujeres indígenas y campesinas.

Los programas de ajuste estructural, como Oportunidades y La Cruzada contra el Hambre, son una guerra de contrainsurgencia, como bien han señalado los zapatistas

UN MEMORIAL DEL DESPOJO: LOS OLVIDADOS DE SIEMPRE RARÁMURI Y ODAMI DE CHIHUAHUA

EN LA SIERRA TARAHUMARA no sólo hay hambre y frío este invierno. El problema de fondo, como en el resto de los territorios indios de México, es el despojo, la falta de reconocimiento de ejidos y comunidades por parte de particulares, la invasión de proyectos turísticos, los empalmes de linderos, la tala de árboles para la siembra de estupefacientes, las amenazas de muerte contra quienes se oponen a quienes les arrebatan su tierra y cultura.

De los problemas actuales que enfrentan los pueblos rarámuri y odami (se les llama tarahumaras y tepehuanes del norte, respectivamente) hablaron sus representantes y gobernadores con *Ojarasca* durante el Foro Pueblos Originarios de la Sierra Tarahumara en Defensa de los Territorios en la ciudad de Chihuahua. Aquí sus testimonios de agravios, de propia voz:

COLORADAS DE LA VIRGEN

Alfonso Molina Carrillo: El problema más grande de Coloradas, una comunidad indígena de muy antes, es que tenemos un conflicto sobre el bosque. Nos lo talaron otras personas, que son de afuera. La Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) les dio el permiso. No tengo idea de cuántas hectáreas exactamente talaron, pero sé que son más de veinte. Somos como 800 comuneros, y parte de los ejidatarios viven afuera. Son como 40, puros mestizos. Todo lo que es el ejido son como 22 hectáreas. La comunidad donde nosotros vivimos son otras 42 hectáreas.

Los que hacen la tala son mestizos, una familia que tiene años que vive por ahí, los Fontis. Lo hacen porque el mismo gobierno, la Procuraduría Agraria y Semarnat les dieron permiso. Aparte, en 1992 ellos pasaron sobre nuestro derecho, y la Procuraduría Agraria los hizo ejidatarios. Talan dentro del pueblo, pero ellos ni siquiera viven allá. Viven en Cuauhtémoc, en Chihuahua, y en otros lados. Lo que nos perjudica es que nos acaba todo el bosque. Nosotros cuidamos que no se acabe porque el agua se seca, se acaba todo lo silvestre, animales, el pasto, las medicinas tradicionales.

Nos pusimos de acuerdo toda la raza indígena. Acordamos con todos los compañeros, los gobernadores y la autoridad tradicional, y pusimos una demanda contra la Procuraduría Agraria y Semarnat en 2002 o 2003. Ahorita ya tenemos más de diez años con eso. Metimos la demanda y un amparo para que detuvieran la tala. Hasta la fecha nos hicieron caso, van dos años que no talan, pero estamos esperando una sentencia que esperamos que salga bien.

Adelina Fuentes Medina: Los árboles que se llevan son pino y encino. Salían 130 camiones en el día y 130 en la noche, a veces se quebraban y quedaban ahí parqueados, todos cargados de madera. Del bosque sacamos las plantas medicinales: usamos el matarique, el chuchupate, la babisa, la contrahierba, el orolobo, el estafiate. Sirven para dolor de estómago y de cabeza. Termina la semilla, tumban todo el bosque y el agua se retira. Y por tumbar árboles en la sierra, las ciudades se ahogan.

Lo que queremos es que no sigan talando. Ahorita está calmado, pero queremos que ya el gobierno ponga atención a lo que pedimos, que dejen de acarrear ajeno.

HUETOSACHI

María Monarca Lázaro (gobernadora indígena de la comunidad): Habemos ahí pocas personas, la comunidad no es grande. Llevo cuatro años en el cargo de gobernadora. Tenemos problema sobre el territorio porque quiere quitarnos de ahí Federico Díaz. Él tiene acaparado terreno, no sé qué es lo que quiere. Hablamos de un predio chico de 460 hectáreas. La comunidad lo que reclama son como 250 hectáreas. Quieren arrebatarnos todo.



Bautista Oliva, encargado de la fiesta de Semana Santa en Norogachi, el general Cornelio López y el gobernador tradicional José Antonio Sandoval, abril del 2006. Foto: José Carlo González/ LA JORNADA

Federico Díaz es un hombre de mucho dinero y muy poderoso. Tiene negocio de hoteles, de campos de golf, de desarrollos urbanos. Quieren hacer un desarrollo turístico porque es un lugar estratégico: el área del Divisadero, la segunda más importante después de Creel. Es donde el gobierno del estado compró una reserva territorial proyectada para hacer desarrollos urbanos. Esta franjita la tienen ellos con título de propiedad. Ahorita el caso está en el Tribunal.

En mi pueblo, algunos trabajan vendiendo artesanía, otros tienen huertas de manzanas y terrenos para sembrar maíz, frijol y otros alimentos. Desde 2007, nos dimos cuenta que se estaba pagando a las personas para que salieran de vivir de ahí. Nadie salió. Nos organizamos, llevamos periodistas y así fue como se avanzó en las reuniones, todos juntos. Hicimos demandas y marchas en Chihuahua, como tres veces. Fuimos a Chínipa, donde está el expediente, para verlo. Estamos en espera, los abogados son los que saben cómo está.

El Fideicomiso Barrancas del Cobre es por el turismo. Van a acaparar terreno, sin consultar a las comunidades,

porque saben que va a estar bueno. Antes nos afectó mucho, aunque ahora está más calmado. Antes amenazaban con sacar a la gente de las comunidades. Había personas que asustaban a las comunidades, les decían que si no se retiraban, las iban a matar. Eso fue desde 1997 para acá, hasta hace unos dos o tres años.

Sí nos afecta porque ellos son los que van a hacer la construcción sin tomar en cuenta a los que viven ahí. Según dicen van a hacer un golf y un drenaje, y todas las descargas van a llegar a Huetosachi. La comunidad tiene aguajes cerca de donde quieren poner las descargas residuales, de donde tomamos agua.

Las artesanías que hacemos son wares, collares, pulseras, guantes para agarrar las cosas calientes, violines, bolas de madera para correr. Las tradiciones que conserva la comunidad son bailes de pascola y yúmare, y correr bolas —duran una noche y hasta mediodía, empezando desde las cinco. Tienen que dar 20 o 30 vueltas a los 4 kilómetros.

Con estos proyectos ya se pierde todo, la gente llega y ya no lo dejan hacer bien el trabajo. Desaparecen los rarámuri.

Nos están robando todo lo que tenemos, nos están vendiendo, las costumbres, los bailes, la carrera de bola. Nos sacan a hacerlo enfrente de los turismos. Antes no era así, era muy reservado, para puros indígenas. Estaría bueno que fuera como antes. Ahora nos estamos mal acostumbrando, los jóvenes se quieren dedicar a bailar y ganar con el turismo.

MOGOTAVO

Manuel Miguel Cruz Moreno (primer gobernador): El problema más fuerte que hay aquí es el del Fideicomiso Barrancas del Cobre, que tiene muchos proyectos construidos. Se llevan a cabo obras, a veces sacan materiales de la comunidad y eso nos afecta. No nos preguntan, no nos consultan, ¿para qué sirven esas cosas? Deberían preguntarle al gobernador tradicional para que haya un mecanismo para consultar con todo el pueblo.

Empezó la lucha a finales de los años setentas, porque nos prohibieron hacer muchas cosas, como levantar casas y utilizar nuestros recursos, porque las hijas de un señor que se dice dueño, Efraín Sandoval, ahora dicen que son dueñas de esas tierras. Ese es el gran problema que tenemos, que no nos consideran dueños de las tierras en las que vivimos desde hace mucho.

Miguel Manuel Parra: En 1984 le dieron el título a Ivonne Sandoval como dueña de una parte del Divisadero de las barrancas, la Mesa de la Barranca. Cuando nuestros padres pidieron el reconocimiento como ejido, no se los dieron, y reconocieron a otra gente que nunca vivió ahí. Nos despojaron de nuestras tierras y nos amenazaron. La señora traía pistola al cinto, amenazando siempre, tumbaba casas. No quería que hiciéramos una escuela, que conseguimos por medio de la lucha y por la cual algunos estudiamos un poquito.

Ivonne Sandoval es dueña de un hotel que hay sobre la barranca. Cuando se constituyó el Fideicomiso Barrancas del Cobre en 1997, vendió una buena parte del terreno del que considera que es dueña. En 1999 le titularon otra fracción de los terrenos a su hermana Odile. Ya en el 2008, ella hizo lo mismo, vendió a cinco inversionistas que son muy conocidos aquí, políticos.

Manuel Miguel Cruz: En el pueblo, de puros mayores, son como 80, pero en todo el territorio están viviendo pasaditos de 300. De hectáreas son aproximadamente mil 500. El hotel y lo del turismo tienen apenas como 40 años. Los troncos los traían con caballos percherones. Primero hicieron cabañas muy rústicas, y ahora es algo más construido. El Fideicomiso fue también idea de la señora que tiene el hotel porque se benefició. Lo hizo la Secretaría de Turismo estatal y federal, para poder comercializar el lugar. Empezaron que con la carretera pavimentada en 1997, luego la línea de luz.

El problema empezó porque no nos reconocieron como legítimos dueños de nuestras tierras. Derivado del no reconocimiento pusieron sin nuestro permiso el Fideicomiso. Lo último que sonó es lo del teleférico, que no consideramos necesario, porque el turista que realmente quiere conocer la barranca no va por ver un aparato, sino la naturaleza. Ya los que quieren ese tipo de turismo, pues habrá en otros lugares.

Una de las afectaciones es la contaminación. El hotel vierte sus aguas negras a la barranca, perjudicando a los que vivimos ahí, a los que bajan en temporadas a vivir —porque de muchos de nosotros, el sistema de vida es nómada. Afecta a la fauna y a la vegetación que está abajo del hotel, como los peces que sacamos del río.

Afecta también la imagen de nuestra tierra, que es modificada sin nuestro aval y sin beneficio para nosotros.

Nuestra comunidad está en dos sistemas de propiedad. Una es la propiedad privada de la familia Sandoval, que es de mil 500 hectáreas, y la otra parte es ejido, pero nosotros no somos reconocidos ni como avecindados ni como ejidatarios, solamente vivimos ahí, pero es nuestra tierra. Antes que tener una figura jurídica de tenencia, es territorio indígena tarahumara. Las empresas que compraron una parte del territorio privado —porque esa parte de la mesa está vendida a cinco inversionistas— dieron dos millones 250 mil dólares. Cuando la señora adquirió en la Secretaría de la Reforma Agraria, fue con unos precios muy bajos.

> "Nos están robando todo lo que tenemos, nos están vendiendo, las costumbres, los bailes, la carrera de bola. Nos sacan a hacerlo enfrente de los turismos. Antes no era así, era muy reservado, para puros indígenas. Estaría bueno que fuera como antes. Ahora nos estamos mal acostumbrando, los jóvenes se quieren dedicar a bailar y ganar con el turismo"

Cuando se hizo el desarrollo turístico cerca de la carretera extrajeron tierra para rellenar donde hicieron el teleférico. Donde está el hotel también tiran basura, a un lado de la vía. Todavía se ven los pedazos de botellas de Tecate y Corona.

Miguel Manuel Parra: Los turistas que van a visitar nunca se acercan más allá de la estación del tren, y piensan que todo está bonito. Si fueran allá encontrarían eso, escondido a 200 metros. Todo está contaminado cerca del hotel y de la estación de tren.

Manuel Miguel Cruz: No nos queremos salir. Somos como árboles, somos raíz de ahí porque ahí nacimos, y de ahí es nuestro tronco común de nuestros abuelos, bisabuelos, nuestros ancestros. Nosotros nacimos ahí, no en un hospital. La placenta de nuestra madre ahí quedó, en una cueva o en una casa, el ombligo que portamos de bebé ahí quedó enterrado, y tenemos los panteones muy antiguos, en donde sacaron el material, en la barranca y donde tiran la basura.



Un grupo danzantes en el atrio de la iglesia de Norogachi, después de bailar durante todo el jueves santo en los festejos de la semana santa Tarahumara. Foto: José Carlo González/ LA JORNADA

PUERTO MALA NOCHE (ODAMIS)

Manuel Torres Ayala: Hace mucho tiempo que vivimos en Puerto Mala Noche, pero en 1910 llegaron unos gringos a trabajar en unas minas y fue cuando comenzó el problema con los mestizos. El territorio de Mala Noche es de 17 mil 700 hectáreas. Desde hace mucho nosotros vivíamos allí, pero poco a poco los gringos se fueron metiendo para quedarse con las tierras de nuestros abuelos.

Esas minas ya están cerradas. Eran de plata y oro. Mucho antes de 1910 trabajaron las minas, luego las dejaron encargadas a los mestizos. Ellos se quedaron las tierras y las registraron como predio. A nosotros nos engañaron. Nos hicieron firmar y por eso se hizo predio. Ellos se quedaron adentro, no nos consultaron, sólo nos dijeron que firmáramos, y con eso se quedaron nuestra tierra. Esto pasó hace 30 años.

Cuando llegaron los gringos nada más agarraron donde estaba la mina, pero después de que se fueron nos quitaron 600 hectáreas. Ahorita son 17 mil hectáreas las que nos quitaron. Puerto Mala Noche, Puerto Ríito, Ríito, Indé, Santa Tolita y Puerto de Ánimas son parte también, todos esos estamos agrupados. Mala Noche es como un rancho cabecera. Se juntaron varios que quedaron dentro de ese predio y del ejido, pero en realidad Mala Noche es una parte y tiene todos esos ranchitos alrededor. Son 90 viviendas en total.

Desde 1980 empezó la tala de madera, y hace cuatro años se paró. De todas las rancherías sacaron madera de los pinos más grandes. Hace cuatro años pedimos que se detuviera la extracción comercial de pinos, porque tanto en el ejido Nopalera como en el predio empezaron a sacar la madera. Ya lo detuvimos, y se metió una demanda de prescripción positiva en el juzgado civil de Guadalupe y Calvo. No queremos que haya tala porque los aguajes se están secando de tanta madera que han sacado. Y si se suelta algún cigarro y prende, batalla uno para apagar la lumbre porque con las ramas que tumban del pino, agarra bien recio.

Ya no queda nada, el pino grande se seca, y cuando vienen las aguas queda puro cascajo. Desde ahí hasta el agostadero ya no queda nada, y cuál beneficio deja la lumbre. Hasta la yerba medicinal se nos acaba. Eso peleamos.

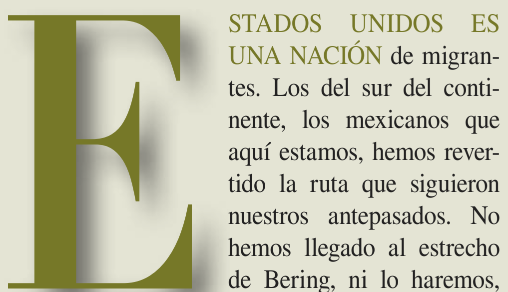
Nosotros sembramos maíz, frijol, papa; antes trigo, pero ahora ya no llueve y no se da. Antes llovía bien todos los años, ahora necesita riego pero ya no hay agua, puros aguajitos que ya se están secando. Ya no hay venados, cóconos tampoco. Ardillas hay una que otra.

Entrevistas: Adazahira Chávez y Gloria Muñoz Ramírez

EN UNA NACIÓN DE MIGRANTES ASÍ ES POR AQUÍ PUES

(LOS QUE LLEGAMOS ANTES DE QUE LLEGAR HASTA AQUÍ FUERA LO QUE ES HOY DÍA, CASI IMPOSIBLE)

Lamberto Roque Hernández



ESTADOS UNIDOS ES UNA NACIÓN de migrantes. Los del sur del continente, los mexicanos que aquí estamos, hemos revertido la ruta que siguieron nuestros antepasados. No hemos llegado al estrecho de Bering, ni lo haremos, porque ahí no hay trabajo, hace un frío de la chingada y no hay dólares. Por lo tanto, nos hemos asentado en el norte, dentro de los cincuenta estados que componen Estados Unidos. Aquí convergemos. Coincidimos con los que como nosotros han abandonado su tierra natal para buscar una mejor vida. Aquí estamos, metidos dentro de esta caja de crayolas. Cada uno tiene su propia historia de cómo llego hasta aquí. Tragedias. Accidentes. Aventuras. Miedo. Pobreza. Pero aquí estamos luchando para dar lo mejor de cada uno y salir adelante. Todos queremos tener éxito en un país copado de oportunidades. Y claro, con sus desigualdades como cualquier otro en el mundo. La mayoría de los migrantes en este país, sean de donde sean, viven con la esperanza de volver algún día a la patria, al pueblo, a la ciudad, al rancho, a la aldea, como se le llame, sin exactitud en sus calendarios, pero saben que por lo menos quieren llegar a morirse allá.

Aunque aquí hemos recreado parte de lo que dejamos allá, jamás será semejante. "Es que la comida no sabe igual", decimos. "Es que la cocacola mexicana en botella sí sabe chingona", nos quejamos. Pues ya nos la embotellaron y trajeron hasta acá, también emigró al mismísimo país que la inventó. En el caso de los oaxaqueños, ya tienen una sofisticada red para traer provisiones desde sus pueblos. (Los tlacualeros, les llama mi papá, usando una derivación de la lengua zapoteca). Así llegan al norte las tortillas tlayudas. Pan. Chocolate. Tasajo. Chapulines. "Porque el tejate que hacen las oaxaqueñas en Los Ángeles, es lo que se llama, nunca sabrá al que venden en el mercado de Tlacolula".

Hasta aquí llegan los Santos y las Vírgenes de nuestra devoción. Tratamos lo más que podemos de estar contentos. Los grandes consorcios nos conocen. Somos nostálgicos. Por eso nos traen a Bronco, a Los Terrícolas, a los Temerarios, a Juanga, a los Caifanes, a cantantitos chafas de la televisión, al decadente Alex Lora, a los hijos del Santo y Blue Demon, las telenovelas, las bandas tamboreras de moda, a Don Chente, al hijo de quien sabe quién, y claro, a la selección mexicana. Porque nos guste o no, somos futboleros y nos encanta el desmadre en los estadios. Retacarlos y sentirnos cabrones porque ahí al hacer presencia nos damos cuenta que somos un chingo. Nos sentimos poderosos.

Aquí tenemos a los Tigres del Norte juglareando nuestras historias, amores y desamores. Pinches batos chingones. Y aunque nos creamos muy sofisticados, se nos enchina la piel al escuchar sus canciones en un instante de esos, cuando nos damos por enterados que somos mortales comunes y corrientes.

Pero mientras, contribuimos a que este país sea lo que es. Y con la mentalidad de que venimos hasta acá a tener éxito, luchamos. ¿De que si nos discriminan o no? Claro que sí. Pero no podemos sentarnos a pensar sólo en eso. Muchos ya tenemos callo hecho allá en nuestro propio país y nos ha hecho fuertes. No nos damos por vencidos. El discriminador sólo cambia de lugar. Y aquí nos tiene que aguantar porque así es, ya se acostumbraron a nuestra presencia. Nos sobreponemos y a darle pa'lante. Cada uno lo hace a su manera.

Trabajamos, para empezar, en lo que nos pongan. Aprendemos el idioma, unos para sobrevivir, otros para seguir escalando los peldaños de esta sociedad competitiva. Y ya no somos tan igual como cuando mi padre estuvo por acá como bracero. Hay compas que se brincaron la barda y hoy tienen títulos universitarios, maestrías y doctorados. Hay artistas plásticos. Músicos. Médicos. Cineastas. Organizadores comunitarios. Periodistas. Fotógrafos. Y a la mayoría de ellos México no los supo aprovechar. No les brindó las estructuras necesarias que aquí encontraron para desarrollarse. Y claro, estamos el ejército de obreros, los que trabajamos con nuestras manos, espaldas, brazos y cuerpo entero, regando el sudor para hacer germinar las semillas. Casi todos, bien comprometidos con lo que hacemos.

Así es que aquí estamos. Chingándole bonito. Con la nostalgia mitigada con noches de baile a ritmo del tucanazo, cumbia o lo que a cada uno nos gusta. Nos desbocamos en los *paris* celebrando desde lejos el pase al mundial, porque no hay que hacerse majes, somos futboleros fervientes así como religiosos empedernidos. Nos recargamos en misa todos los domingos pidiéndole a la Virgen que nos cuide de todo mal, amén. Seguimos trabajando todos los días para competir en este país que es grande y retacado de migrantes de todas partes del mundo. Así es por aquí pues…

EL RECUERDO

Guadalupe B. P.

Yo lucho para que una mujer
no sea como este poema.
En una tarde serena me
encuentro en un lugar lleno
de recuerdos que sólo en mi
infancia tuve.
Lindas rosas y claveles
que con el tiempo se fueron
marchitando.
Hoy sólo veo pasar a la gente
y ya no sonríe.
El pueblo está en un inmenso
silencio, todo se está apagando,
las rosas están marchitas.
Antes cortaba rosas y hoy
sólo espinas.

De *El sonar de las mujeres de la tierra y el mar. Voces de mujeres indígenas, garífunas y campesinas de México, Guatemala y Honduras* (Comunicadores y Comunicadoras Populares por la Autonomía, COMMPA, México, 2013). Escritos y testimonios de trabajadoras de las radios comunitarias. Guadalupe B. P. es de Úrsulo Galván, en el sur de Veracruz.

Mujeres rarámuri bailan solas en un batari al término de la semana santa.
Foto: José Carlo González/ LA JORNADA